

## ALGUNOS HOMBRES BUENOS NO TODO ESTÁ PERDIDO

—En realidad, si uno lo piensa bien, los que se dedican a la política deberían ser los más generosos, los mejores de una sociedad, las buenas personas.

Con esa franqueza característica de Eduardo, mi querido y añorado Eduardo, dejó caer esta afirmación tan obvia para él como que el sol sale cada día. Nos encontrábamos disfrutando de una de esas noches maravillosas, durante las cuales, siete amigos despachábamos un bocadillo y unas cuantas cervezas a la vez que arreglábamos el mundo.

—Porque, claro —continuó abriendo mucho los ojos como el que hace un gran descubrimiento—, para dedicarse a trabajar por el interés general, uno tendría que olvidarse del particular y ocuparse de los demás, ¿o no?

Y se nos quedó mirando, fijamente, esperando nuestro unánime asentimiento ante semejante verdad irrefutable. Pero, lo realmente verdadero e incuestionable era que él no concebía ninguna otra forma de estar en el mundo sino siendo bueno. Durante unos segundos se hizo el silencio. Eduardo no manejaba la ironía, lo que decía lo decía en serio porque si contaba un chiste o una anécdota —y a menudo lo hacía con gran soltura y mucha gracia— avisaba primero. No había avisado, por tanto no nos estaba gastando una broma. La perplejidad que nos causó semejante declaración, llena de tamaña ingenuidad, hizo que estalláramos en una carcajada general y dándole palmadas en la espalda le tomáramos el pelo.

—Tú sigue así, que llegarás lejos.

Aunque, en el fondo, sabíamos que él llevaba razón y que nuestra risa no hacía sino demostrar el cinismo y deterioro de una sociedad que, lamentablemente, había llegado a un punto de indecencia difícilmente soportable. Por esta razón, porque nos ponía delante de los ojos verdades como puños, de las que ya nadie hacía caso; por su empeño en disfrutar de las cosas sencillas de la vida, sin artificios ni alharacas; porque nos hacía reír a carcajadas; y por ese sentido suyo de la amistad, sin fisuras, era por lo que lo queríamos tanto. Y por eso

mismo, el mundo sin Eduardo sería otra cosa, mucho más frío, sin encanto y sin gracia.

Quizá era su juventud, su eterna juventud, lo que le proporcionaba esa suerte de candidez que me fascinaba. O puede que no, que simplemente era su manera de ser y de sentir y su absoluta falta de habilidad para el arte del disimulo. Nunca lo sabré. Eduardo siempre fue joven, nunca llegó a esa edad en la que piensas estar de vuelta de todo y aunque no hayas llegado a ninguna parte, te crees en la obligación de volver. Él nunca llegó para volver. Él, eternamente, recorrerá el camino de ida.

Conocí a Eduardo cuando comenzaba a salir de un episodio de ansiedad que le había tenido enfermo durante un tiempo. Al principio no me sorprendió, el estrés que le había producido un trabajo en el que debía vérselas con un equipo de colaboradores complejo — por definirlo de una manera elegante, aunque sería mucho más correcto decir que se trataba de una panda de impresentables—, era un motivo más que suficiente para él, incapaz de aguantar el fraude, el engaño y las puñaladas traperas. Sin embargo, según lo fui conociendo, me resultaba incomprensible saberlo deprimido y enfermo.

Era un tipo fuerte, optimista, de risa fácil, dotado de una simpatía natural difícil de encontrar y con un exquisito dominio del arte de hacer amigos. Y de conservarlos. Compartir las jornadas laborales con él se convirtió en uno de esos placeres que, de vez en cuando, te regala la vida. Contaba anécdotas sin parar, de su pueblo, de los amigos del colegio, de los compañeros de Químicas, de su novia...

Cuando se incorporó a nuestra oficina no había ningún despacho libre, ni siquiera compartido, pero Eduardo no se entretenía en las cosas que no tenían importancia y, para él, el detalle del despacho no la tenía. Así que se acomodó en una fría sala de reuniones que apenas se utilizaba. Y para darle calor y color, forró las paredes con enormes posters de bonitos paisajes de Navarra.

— ¿Eres navarro? —le preguntó una de las jefas que, incomprensiblemente, no se había percatado de su marcado acento aragonés.

—No —contestó muy serio—, es que mi novia es de Pamplona. ¡Ay, calla! —saltó de repente dándose un golpe en la cabeza—, que no es mi novia, que nos casamos la primavera pasada... es por la costumbre.

Y volvíamos a reír, nos reíamos sin parar y él nos miraba sin comprender del todo qué

era lo que nos hacía tanta gracia. Y es que no era esto ni aquello, simplemente era él el que paseaba con elegancia una chispa y un ingenio de los que jamás fue consciente.

Y su novia —cuando todavía era su novia— había logrado, con su tesón, que se presentara a un examen que él daba por perdido pero que, finalmente, aprobó y le abrió las puertas a su vida profesional.

—Me sacó a rastras de la cama —nos relataba— después de una noche de celebración y borrachera, y me llevó al examen como si fuera un crío pequeño. Ella es la que tiene el mérito de ser lo que soy, si ella no hubiera insistido, a saber dónde pararía yo.

Y aquí ya no bromeaba. Pero enseguida, sin poder remediarlo, soltaba la gracia.

—Si buscáis en el diccionario, la palabra “responsable”, encontraréis esta definición: su foto —y, de nuevo, esa sonrisa que le ensanchaba la cara y hacía que le chispearan los ojos.

No he conocido a nadie más con semejante sonrisa, capaz de alegrarte una semana entera en un solo gesto.

Le gustaba su nuevo trabajo y a nosotros nos gustaba él. Formamos un gran equipo. Nos convertimos, en poco tiempo, en un grupo de amigos. Éramos siete. Fue una época feliz. Disfrutábamos trabajando, pero, por encima de todo, tuvimos el privilegio de disfrutar de Eduardo. Cada mañana aparecía con una expresión tan radiante y feliz que, en un par de minutos, había conseguido sacarme de esa sensación de sueño y cansancio que me provoca madrugar. Y me hacía reír con alguna de sus divertidas ocurrencias que ya iba relatando desde que entraba por la puerta.

Hasta que, de repente, todo se truncó. Una de aquellas personas —o quizá fueron más de una, lo cual carece de importancia ya—, de esas que no deberían dedicarse a la política, según la propia convicción de Eduardo, pero que eran precisamente las que se dedicaban, sin generosidad, sin bondad alguna y sin pensar en el bien común, lo hizo posible. Nos arrebató nuestro sueño. De golpe, como en el cuento, nos encontramos sentados sobre la calabaza.

El equipo se rompió. Nos echaron a los siete. Y aunque lo veíamos venir, no fuimos capaces de imaginar el cariz que iban a tomar los acontecimientos hasta que nos arrollaron

con la fuerza de un tsunami sin tiempo a rebelarnos ni a defendernos. Nos dejaron tan perplejos que nos llevó meses reaccionar. Cuando lo hicimos ya era tarde y no nos quedó otra solución que aguantar el chaparrón hasta que la tormenta se alejara. Lo que entonces desconocíamos era que la tormenta había llegado para quedarse, que nunca volvería a brillar el sol como lo había hecho desde que Eduardo entró a formar parte de nuestros días.

Sin embargo, Eduardo no perdió la fe, ni la ilusión ni la alegría de vivir y continuó mirando hacia adelante con la determinación de quien cree y confía en el ser humano, a pesar de todo. Yo traté de agarrarme a su fuerza y durante un tiempo lo conseguí. Cuando cundía el desánimo a mi alrededor, lo llamaba para que me hiciera reír y olvidar durante un rato que jamás volvería a ser lo mismo, que las crudas mañanas de invierno, sin él, eran insoportables.

Y las de verano. Y todas.

Un día de primavera, gris y ventoso, me lo encontré en el autobús. Mi ánimo estaba por los suelos. La vida se había convertido en un camino que siempre iba cuesta arriba. Subí al autobús sin ganas, de un humor de perros. Y, de pronto, lo vi. Empezó a hacerme señas y me precipité al asiento libre que estaba a su lado. La sonrisa de Eduardo, su ancha sonrisa de oreja a oreja, me cambió el humor de una vez.

—Qué suerte encontrarte, Eduardo, acabas de alegrarme el día —lo saludé con una efusión impropia de mí.

Él me miró un poco sorprendido por mi júbilo desbordante pero enseguida comenzó a hablarme de sus nuevos compañeros de trabajo y a relatarme las miles de divertidas anécdotas que había ido acumulando en este tiempo y también de antes, de cuando todavía no nos conocíamos. Yo no podía parar de reír. Los demás viajeros nos miraban con cierto estupor y creo que con bastante envidia. Eduardo no había perdido su chispa, respiré aliviada. Tampoco se reflejaba en sus ojos el rencor y la rabia que yo sentía por la injusticia flagrante que habían cometido con nosotros. Y es que Eduardo desconocía lo que significaba el resentimiento, la inquina, el encono. Él no lo había sentido nunca.

Recuerdo alguna de las anécdotas, de su época de estudiante, que me contó durante ese trayecto de autobús.

—Cuando, de estudiante, vivía en un piso con mis hermanas, yo no me llamaba

Eduardo, según mis hermanas yo me llamaba “Alguien” —y continuó: “Alguien” se ha dejado la tapa del wáter abierta, “Alguien” no ha fregado los platos, “Alguien” no tiró ayer la basura. Y llegaron al extremo —ni él ni yo podíamos dejar ya de reír— de decir, cuando mi padre venía del pueblo a visitarnos, “Alguien” o el padre de “Alguien” se ha dejado la luz encendida y cosas así.

Le hacía mucha gracia el modo de hablar de la gente de su pueblo, como cuando terminaban los verbos en “ís”, por ejemplo: no *plantís* tomates este año, en lugar de no *plantéis*. Y me contó que una vez que estaban en su casa unos estudiantes navarros, amigos de su mujer, llegó un fontanero de su pueblo a arreglar una tubería. Tras arreglarla, tapó el agujero con yeso y lo dejó para que se secara. Eduardo no estaba y cuando volvió, los otros, extrañados, le contaron que el fontanero había dicho algo incomprensible que para ellos era un misterio. Lo habían apuntado para que no se les olvidara. En el papel estaban escritas estas dos palabras: “No *pikís*”.

—Tú sabrás lo que ha querido decir —le dijeron los navarros mostrándole el papel, con las cejas levantadas, esperando que Eduardo les desentrañara el entresijo.

Fue el mejor modo que encontró el fontanero de decirles a los chicos que la pared se tenía que secar del todo, sin caer en la cuenta de que a ninguno de aquellos estudiantes se le iba a ocurrir picar en la pared. Eduardo se desternilló de risa al leerlo, pero lo que más gracia le hizo es que lo habían escrito con k.

—Van los tíos y lo escriben con k —no dejaba de repetirme, muerto de risa.

Me despedí contenta de saber que, al menos, uno de nosotros era razonablemente feliz. Que no había perdido ni un ápice de ese buen humor que nos alegró tantas mañanas de lunes cuando, durante el café, nos relataba con pelos y señales todo lo que le había ocurrido durante el fin de semana.

Pero Eduardo no era solamente un excepcional narrador de historias —a los monologuistas que salen a menudo en televisión ya les gustaría tener la capacidad de Eduardo, su espontaneidad y agilidad para la improvisación—, era un gran compañero, amante de su mujer y de sus hijos, un amigo incondicional y un excelente profesional y trabajador incansable. Amaba la música. Él mismo tocaba la guitarra y cantaba en un grupo y se empeñaba con el mismo entusiasmo y afán con que hacía todo en la vida. Adoraba a

Elvis y la música country americana. Me regaló un disco de Stacey Earle y Mark Stuart que guardo como un tesoro. Cuando lo escucho, no puedo dejar de mirar la foto que puso en la contraportada del disco: él, con su hijo en brazos, junto a la mismísima Stacey. Eduardo, con los ojos muy abiertos, mirando a la cámara, feliz.

A los pocos días de nuestro encuentro en el autobús, me llamó entusiasmado. Le habían hecho una oferta profesional muy interesante, de esas que no puedes rechazar. Los mismos que habían prescindido de él meses atrás, sin ningún miramiento, sin haberse parado a pensar ni un minuto en su currículum, su inteligencia, en el excelente trabajo que había hecho y en todos los conflictos resueltos gracias a su capacidad de empatía, esos mismos, lo llamaban para ofrecerle un puesto que para él era un sueño.

—Eres la persona adecuada y con la capacidad y la preparación suficientes, como ya demostraste —trataron de regalarle los oídos con un cinismo que a Eduardo le costaba percibir—. Por eso, pensamos que eres el mejor para el puesto. Por el sueldo no te preocupes, seremos generosos, no es un problema de dinero, únicamente te pedimos plena disponibilidad.

A Eduardo no le seducía ni el dinero, ni los cargos importantes, pero era justo el trabajo que él había soñado y para el que se había preparado a conciencia durante años. Ahora se le presentaba la oportunidad de demostrar lo que valía. A mí me escamaba que, de repente, Eduardo fuera el elegido por los dioses, el elegido por quienes lo habían dejado tirado como una colilla, sin el más mínimo reconocimiento. El elegido para ocupar ese puesto importante que no podías dejar sino en manos de alguien de total confianza. Sencillamente no me fiaba, ninguno de nosotros seis nos fiábamos. Él sí. Él creía en la capacidad del ser humano para reconocer los errores cometidos y, por tanto, rectificar y restituir el daño causado.

Le aconsejé, todos le aconsejamos, que fuera prudente y que se informara bien antes de tomar una decisión. Tampoco quise desanimarlo. Eduardo se encontraba en ese momento desarrollando un trabajo que no le correspondía, ni por lo que valía ni por la injusticia que, especialmente, se había cometido con él. Quienes lo reclamaban no eran de fiar pero, por otro lado, tampoco eran lerdos y con bastantes probabilidades habrían llegado a la conclusión de que estaba sobradamente capacitado y, sobre todo, que él sí era de fiar.

—La vida me ha puesto delante un reto al que no puedo dar la espalda —me dijo

ilusionado—, hay mucho por hacer, darle la vuelta completa a esta empresa y yo sé cómo hacerlo..., y no es presunción —acabó, como disculpándose.

Yo ya lo sabía, yo sabía que él no era presuntuoso, ni soberbio, ni pagado de sí mismo, era, sencillamente, honesto. Y era totalmente cierto que sabía lo que hacía. Así que acabé, acabamos todos, animándolo a aceptar. Contaba con un plazo muy corto para decidirse, le argumentaron que había otros candidatos dispuestos y ansiosos por ocupar un puesto de trabajo tan goloso, interesante, importante y con un salario nada despreciable.

Se decidió. Dijo que sí y, desde ese mismo momento, comenzó su descenso a los infiernos.

Aterrizó como un marciano en la Puerta del Sol, un sábado de primavera a la hora del vermú. Todas las miradas se posaron en él cuando entró, acompañado del director general, en la sala de juntas de su nueva empresa, que nada tenía que ver con aquella remota sala de reuniones empapelada con Navarra. Una gran mesa ovalada de madera noble y patas labradas en el centro de la amplia estancia; una docena de sillas con brazos, pulcramente tapizadas en cuero verde y tres de las cuatro paredes forradas de librerías atestadas de gruesos volúmenes, tan antiguos como la lámpara que colgaba del techo, constituían el marco perfecto para albergar seis pares de ojos que lo observaban con una mezcla de curiosidad y resquemor que impactó en el ánimo de Eduardo del mismo modo que si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Al entrar en la sala, sentí que el aire se enfriaba de repente y un escalofrío me recorrió la espalda —me confesaría después— y también un olor extraño, como a rancio. Debía de ser mi falta de costumbre por frecuentar esos sitios de abolengo y postín —terminó riéndose.

—No —le contesté tajante— era el olor del azufre.

Y me miró sin comprender y yo tampoco le quise aclarar.

Pero a pesar del recibimiento hostil, que el director general trató de contrarrestar con una loa a las capacidades y méritos de Eduardo, este no se arredró y se dispuso a trabajar duro, comenzando por ganarse una a una la confianza de todos aquellos que sospechaban que el nombramiento de Eduardo era un mal augurio para el futuro de la empresa que, de un tiempo a esta parte, parecía estar en entredicho, fruto de una dudosa gestión durante los

últimos años.

Eduardo partió sus interminables jornadas laborales en dos. La primera parte la dedicaba a revisar papeles y hacerse una idea de la situación financiera de la empresa. La segunda a hablar con el personal, de uno en uno o de dos en dos o colándose en las tertulias durante el café de media tarde, en las que se hacía un silencio ensordecedor en cuanto él hacía acto de presencia. Comenzó por el contable. A la par que revisaba las cuentas de resultados de los últimos tres años, entre los balances de sumas y saldos, introducía algún comentario personal, tratando de arrancarle una palabra más allá de las explicaciones técnicas de la gestión contable. Esto último apenas lo conseguía. Sin embargo, para su alivio, la empresa se encontraba en una mejor situación de la esperada.

Eduardo no se quedaba sentado en su flamante despacho, tan elegante, antiguo e igual de frío que la sala, sino que se paseaba por todas las estancias de la empresa, hablando con unos y con otras como uno más. Lo hacía porque él era así, porque no entendía otra forma de relacionarse con el personal sino considerándose un compañero más. Sin embargo, para la mayoría, esto solo era una pose inadmisibile en un jefe, al que, por otra parte, tampoco reconocían como tal. A través de una de las ingenieras técnicas del laboratorio, que llevaba poco tiempo en la empresa, se enteró de que más de uno tenía la expectativa de ocupar su puesto y de ahí la reticencia y animosidad hacia él.

—Cualquiera que hubiera venido de fuera habría caído mal —le informó—, esto es un coto cerrado y te lo digo por experiencia.

Aun con todo, Eduardo no tiró la toalla. Iba a demostrarles que había llegado a ayudar, a avanzar juntos y a resolver entre todos los problemas que se les presentaran. Pero no podía hacerlo solo. Los necesitaba. Cambió de estrategia. En lugar de comenzar a ganarse la confianza de los mandos intermedios —así era como se los denominaba para disgusto del propio Eduardo que detestaba los términos militares incluso aunque hubieran perdido su connotación bélica—, empezó por los de las categorías más bajas. Le llevó meses convencerlos de que no era su enemigo.

Y lo consiguió.

Pero en el intento se desgastó tanto, invirtió tantos esfuerzos tiempo y energía que, al cabo de un año, Eduardo había adelgazado más de diez kilos y unas negras ojeras le



enmarcaban permanentemente los ojos, en los que no quedaba ni rastro de ese brillo de chaval ingenuo que alguna vez había sido.

—Es que duermo mal —se justificó cuando, alarmada, me preocupé por su aspecto físico—, pero es normal, la responsabilidad pesa mucho —y esbozó la sonrisa más triste que jamás imaginé vería en su cara.

De primeras se resistía a contármelo pero cuando ya llevábamos un rato de conversación, me hizo partícipe de una sospecha que le quitaba el sueño y lo angustiaba sobremanera. El caso era que la economía de la empresa no estaba tan saneada como lo que arrojaban los números que había revisado al detalle.

—Yo soy químico —me explicaba— y aunque soy capaz de enterarme de las cuentas, creo que la contabilidad, si uno quiere y es hábil, se puede maquillar con facilidad. Y mucho me temo que este es el caso. Lo que no sé a ciencia cierta es si se trata de una orden de arriba o es que el tipo es un corrupto —concluyó, refiriéndose al contable.

Ambas cosas lo desazonaban por igual y su honestidad le impedía creerse cualquiera de las dos. Así que se propuso descubrirlo por sí mismo, siendo cauto y prudente, pero sin bajar la guardia en ningún momento. De cualquier modo, él siguió trabajando duro y viendo algún que otro fruto en su empeño por ganarse la confianza de sus colaboradores. La empresa, por otra parte, remontaba poco a poco y esto también contribuía a que el clima laboral se tornara algo más respirable. Eduardo se estaba dejando la piel, el alma y la salud, pero vislumbraba algún indicio que lo animaba a seguir adelante.

O puede que fueran los restos del optimismo que todavía conservaba.

Año y medio después de haber tomado posesión de su cargo, el director general lo convocó a una improvisada reunión. No le informó de qué se trataba, pero el nudo en el estómago le indicaba un mal presagio. Una suerte de intuición le decía que algo iba mal, que el tono de voz del director general, habitualmente melifluo, se había transformado en grave, directo y autoritario.

—Anula todo lo que tengas previsto en la agenda —le ordenó—, nos llevará toda la mañana. No te retrases. Es un asunto muy serio.

Y, sin darle la oportunidad de preguntar el motivo de la urgencia, le colgó el teléfono.

Eduardo se quedó con la última frase, que le estuvo bailando en la cabeza desde el mismo instante que colgó el auricular.

No pegó ojo en toda la noche. Su preocupación mayor era qué podía haber hecho mal y estuvo durante horas tratando de descubrir los posibles errores, las meteduras de pata y los despistes. Pero no consiguió dar con nada digno de una reunión en la cumbre, convocada de un día para otro y sin orden del día. Se levantó mucho antes de amanecer, procurando no hacer ruido. Lo último que quería era despertar a sus hijos —el pequeño todavía un bebé— y preocupar a su mujer. Se sentía enfermo. Vomitó un par de veces. Tenía mareos y escalofríos como de fiebre.

Su mujer lo encontró sentado en el sofá, envuelto en una manta y tratando de respirar hondo.

—No es nada, es que he dormido mal y hoy tengo una reunión importante —trató de quitarle hierro esforzándose por sonreír.

Pero ella, que lo conocía mejor que nadie, estaba convencida de que Eduardo había caído enfermo. Lo sabía a ciencia cierta, aunque no pudiera diagnosticar la clase de enfermedad que lo estaba consumiendo, socavándolo por dentro. Aunque él tratara de disimular cuando llegaba a casa agotado y doblado por la responsabilidad y se ponía a jugar con el niño mayor como si no hubiera un mañana. Ella lo sabía. Y tenía miedo.

Otra sala de Juntas. Más grande, más fría, más amenazante. El mismo escalofrío. De nuevo ese olor indescifrable, como a rancio.

—Me acordé de aquello que dijiste del azufre —me confesaría después.

Resultó ser todo una gran mentira. Eduardo había vivido en medio de una farsa sin saberlo. Los documentos que le esperaban sobre la mesa arrojaban unos números que en nada se parecían a los que a él le habían mostrado un año y medio antes. La empresa estaba en quiebra, en una quiebra técnica imposible de recuperar. Y mucho antes de que él llegara. Leía y releía aquellos informes, incapaz de dar crédito.

Mientras revisaba aquella desfachatez de documentación que le habían puesto delante, escuchaba, como de fondo, un discurso hueco del que no consiguió retener ni una sola frase. El aire se volvió denso. Le faltaba la respiración.

— ¿Por qué? —fue lo único que se le ocurrió preguntar.

De las confusas explicaciones logró sacar algunas conclusiones, que tampoco comprendió. Que ya sabían que estaba difícil. Que había que intentarlo. Que él había conseguido frenar la caída libre. Que lo sentían mucho. Pero que, llegados a este punto, había que rescindir los contratos de toda la plantilla. Que habían tomado la decisión de cerrar. Y esto último sí que lo comprendió.

—Sin embargo, tú no tienes de qué preocuparte —como perdonándole la vida—. Para ti tenemos reservado un puesto estupendo, que te has ganado por los servicios prestados y por el trago que vas a tener que pasar.

No contestó. Ni se movió. Levanto la vista de los papeles, la mirada como perdida y entonces percibió, en toda su intensidad, el olor del azufre. Y lo entendió. Lo entendió todo. Lo habían engañado miserablemente. La decisión de disolver la empresa estaba ya tomada mucho antes de que lo llamaran a él pero, por razones inconfesables —de las que, para su desgracia, se enteraría después—, lo necesitaban. Y lo utilizaron. Y pretendían seguir utilizándolo hasta el final, hasta culminar el trabajo que, sin decírselo, le habían encomendado: poner en la calle a todo el personal.

También se enteró de que el contable —se confirmaban sus peores sospechas— era cómplice. “*Todo el mundo tiene un precio*”, recordó que le había dicho en una ocasión. Se sintió como aquella vez que, de niño, se perdió en la feria de su pueblo, atestada de gente, el tióvivo dando vueltas, las luces que lo cegaban, la música que lo ensordecía y ni rastro de su madre que, desesperada, andaba buscándolo por el otro lado. Pero ahora ya no era un niño y su reacción no fue, como entonces, la de echarse a llorar, muerto de miedo, temiendo, como temen los niños, que no volvería a ver a su madre. Desde el fondo del estómago notó cómo le subía un sabor amargo hasta la boca y, por primera vez en su vida, experimentó lo que significaba el odio, el desprecio, la inquina y la repugnancia hacia otros seres humanos. Todo a la vez y de golpe. Y todo a la vez y de golpe no lo pudo soportar.

Con toda la calma que fue capaz de acumular, aguantando las arcadas, cerró la carpeta, la deslizó suavemente hasta el centro de la mesa, se levantó y, sin dejar de mirar fijamente a los ojos del director general, salió de la sala sin pronunciar una sola palabra. No volvió a su despacho ni para recoger sus cosas. Una semana después, las recibió en su casa, metidas en una caja de cartón. En el fondo de la caja, en un sobre cerrado, encontró la carta

de despido.

Durante el año siguiente no volví a escuchar la risa de Eduardo, espontánea y distendida; ni volvió a contar anécdotas divertidas de sus compañeros de trabajo, porque tampoco tenía trabajo; ni volvió a abrir mucho los ojos para revelarnos una de esas verdades incontestables. Ese año, Eduardo, no volvió a ser Eduardo. Y cuando parecía que comenzaba a regresar, a ser él mismo o lo más parecido a lo que había sido, se desató la tormenta, la definitiva, de la que no puedes escapar.

—Es que estoy en el hospital —me sorprendió tanto esta respuesta que me quedé sin habla—. Nada, mi mujer, que es una exagerada y se empeñó. Total, que los médicos, que se han compinchado con ella, me tienen en observación. Ya ves, por un vulgar mareo —concluyó en un tono por el que deduje trataba de sonreír.

Lo había llamado porque me extrañó su ausencia en la fiesta de cumpleaños de un amigo a la que él nunca había fallado. No hacía más que un par de semanas que nos habíamos visto, en nuestra cita de los siete, compartiendo cervezas, bocadillos y esa clase de amistad auténtica, firme y sólida que permanece hasta el infinito y más allá. Eduardo había comenzado a sonreír, pero no a reír; había recobrado parte del apetito, pero no las ganas de devorarse el bocadillo de una vez; había contado una o dos anécdotas, pero sin la mitad de la gracia que era habitual en él; y, sobre todo, no había desaparecido de sus ojos la sombra de tristeza que, desde hacía un más de un año, había oscurecido su mirada. Era como si hubiera despertado de un sueño en el que el mundo se pintaba de colores, para sumergirse en el tono sucio y gris que realmente era. Y se había perdido. Sin embargo, me convencí —o quise convencerme— de que, aunque lentamente, estaba remontando.

—Eduardo es joven —dije en voz alta en cuanto desapareció en su moto— y fuerte. Lo superará.

Pero mis palabras quedaron suspendidas en el aire, como sin fuerza y, al poco se dejó de oír su eco y se disiparon dejando un poso de tristeza que no supimos contrarrestar.

Sin embargo yo siempre creí que era invencible, que podría con todo. Además, pensaba —impregnando todo mi pensamiento con una rabia e indignación desesperante— que, si quedaba una brizna de justicia en el mundo, así tendría que ser. Por todo eso, no lograba asimilar que le atacara una simple enfermedad. Y me agarré a sus palabras. Un

vulgar mareo.

Eduardo se cuidaba, practicaba deporte, llevaba una vida sana, entre otras cosas, porque consideraba que cuidarse era un acto de responsabilidad con quienes compartes tu vida. Y de amor.

—Tenemos que hacer lo posible para no resultar una carga para nadie y, mucho menos, para las personas que más queremos —declaraba cuando aún tenía ganas de proferir verdades irrefutables.

Esperé, esperamos, a que regresara de aquel hospital en el que se vio atrapado cuando disfrutaba y respiraba el aire del mar en su lugar preferido, en ese lugar con el que soñaba, al que se trasladaría algún día, en el que construiría su hogar, al que se quería retirar cuando fuera viejito porque era el que había elegido para sus últimos días.

Pero no volvía. Y pasaban las semanas. Y las noticias que nos llegaban comenzaron siendo regulares, al poco se convirtieron en malas y acabaron siendo pésimas. A Eduardo se le había estado envenenando la sangre, sin él saberlo, ni siquiera sospecharlo. Y el veneno parecía haberlo invadido por completo. Y yo, sin dudarlo un instante, puse fecha al día que no solo se tragó el veneno, sino que también lo respiró y comenzó a destruirlo por dentro: el día que pisó aquella rancia sala de juntas y seis pares de ojos lo miraban con una mezcla de curiosidad y resquemor.

Y mezquindad.

No volví a verlo. No salió de aquel hospital. Ni los esfuerzos de los médicos que lo trataron, ni medicina alguna, por adecuada y eficaz que fuera, fueron capaces de combatir la fuerza destructora de aquel veneno que lo desintegró por dentro. Como una broma cruel, se quedó a pocos kilómetros del lugar que había elegido para vivir sus últimos días, pero unas cuantas décadas antes de lo que su sempiterno optimismo había proyectado.

Eduardo acababa de cumplir cuarenta años.

Dos meses después de mi llamada telefónica, en la que oiría su voz por última vez, sonaba en la iglesia de su pueblo la voz de Elvis, homenaje y empeño de sus amigos más queridos.

"We're caught in a trap  
I can't walk out  
Because I love you too much, baby...".

Al escuchar este "Suspicious mind", uno de sus temas preferidos, y sin poder contener el llanto, pensé que la mera existencia de Eduardo, su paso por este mundo, me confirmaba que todavía se pueden encontrar algunos hombres buenos, que no todo está perdido..., o sí.